

LA REALIZACIÓN DE LA SOBERANÍA DE DIOS COMO REINADO, FUNDAMENTO CRISTIANO DE LA SECULARIDAD EN EL ESPACIO PÚBLICO

Pedro Trigo SJ*

ABSTRACT:

This paper examines the existing relationships between persons and institutions, tainted by demagogical policies. Jesus lived, as a mortal, the entire density of God. We are being summonsed to lead an identical life. The encounter with overwhelming and oppressing power tends to suppress human dignity and to render institutions absolute. In a kingdom that surpasses history, but which undoubtedly occurs, we turn the reign into an experience. We choose to deconsecrate structures and to secularize public space.

KEY WORDS:

Institutions, persons, politics, power, reign, kingdom, public space, secularization

SITUACIÓN DE HECHO E HIPÓTESIS DE TRABAJO

Partimos del hecho de que el espacio público, a pesar de lo proclamado en los países occidentales y occidentalizados que formalmente viven en democracia, no es secular sino que de hecho está mediatizado, intervenido y, en ese sentido, profanado por poderes que se absolutizan y, en esa medida, se sacralizan, aunque obviamente no utilicen ese lenguaje, y sacrifican a ese fetiche innumerables víctimas.

* Pedro Trigo, SJ, desde el año 1973 pertenece al Centro Gumilla. Es profesor de teología en el ITER de Caracas, Facultad de Teología de la UCAB, asociada a la UPS. Tiene numerosas publicaciones y escribe regularmente en varias revistas de pensamiento españolas y latinoamericanas, sobre todo en temas de teología. Además de ser profesor en los niveles de licenciatura y de postgrado en Teología Pastoral, Teología Espiritual y Teología Fundamental, es Director del Departamento de Investigaciones del ITER desde 1996. Acompaña a comunidades cristianas populares. Correo-e: trigodura@gmail.com

Si fuera secular, el espacio público sería transparente: reinaría la determinación de la mayoría, teniendo en cuenta, en cuanto fuera componible, el parecer de las minorías. Sin embargo, lo que se impone es el poder del dinero, anteriormente las corporaciones globalizadas y ahora el capital financiero especulativo. Pero se impone a través de la legalidad democrática, cada vez más meramente procedimental y más vacía de contenido, porque, de hecho, la política favorece no a las mayorías sino a estas ínfimas minorías, y por eso el resultado es la desigualdad más abismal, que niega la realidad de la democracia, del poder del pueblo. Si las mayorías no tienen poder porque a través de mecanismos electorales quienes detentan el poder de decisión son los grandes financistas y las corporaciones, no hay democracia.

La hipótesis que manejamos es que la política, de hecho, es una superestructura y que por eso estará siempre mediatizada, es decir, como decía Marx, se limitará a expresar las relaciones de poder de esa sociedad, hasta que en la práctica y no sólo en teoría se establezca que el único absoluto son las personas y que todas las instituciones y estructuras están para servirles a ellas como cauces que ellas inventan y tienen que controlar para que les ayuden a constituirse en realmente humanas. Ahora bien, para que las personas asuman su condición tienen que tener más densidad que las de esas instituciones y estructuras; en cualquier otro caso tienen que plegarse a ellas.

Pues bien, esa densidad sólo les puede advenir al actuar a fondo las relaciones constituyentes de hijos de Dios y hermanos todos. A esa actuación a fondo de esas relaciones es a lo que los cristianos llamamos reinado de Dios, que nosotros afirmamos que acontece a través de Jesús y llega a nosotros, a todos los seres humanos, mediante su Espíritu, que es el portador de la universalidad del acontecimiento cristiano.

REINADO Y REINO: PRESENTE Y FUTURO

La expresión evangélica *Basileia tou Theou*, antes que un sustantivo, denota una acción continua: el ejercicio efectivo de la soberanía de Dios. Por eso, aunque usualmente se ha traducido como reino de Dios, la mayoría de las veces debería traducirse como reinado. Reinado es la realización cabal de la expresión que condensa la alianza: yo seré su Dios y ustedes serán mi pueblo. Dios está tan volcado a su pueblo, tan impregnado de él, que llega a ser así el Dios de su pueblo, y el pueblo está tan dirigido a Dios, descansa tanto en él, está tan entregado a su voluntad y en él encuentra de tal modo su alegría y plenitud, que puede ser llamado con toda justicia el pueblo de Dios. Desde la experiencia cristiana, al advenir el reinado en su Hijo único Jesús, Dios, el Señor, se ha

convertido para nosotros en Papadios, y nosotros, en verdaderos hijos suyos, y, por tanto, en Cristo, llegamos también a ser todos verdaderos hermanos.

Reino es el resultado de esa relación cuando impregna toda la realidad, con la transformación que Dios obra, porque sin esa transformación la humanidad como magnitud concreta no puede expresar a cabalidad la condición filial y fraterna.

El equívoco de la cristiandad consiste en ignorar que, aun en el supuesto negado de que en una sociedad todos o, por lo menos, todos los responsables y una masa crítica de los ciudadanos, se empeñaran siempre en vivir como Dios manda, según se nos ha revelado en Jesús, el resultado no sería una sociedad buena sino tan sólo (y esto es muchísimo) una sociedad más buena que mala.

La consecuencia de equiparar Reino de Dios y cristiandad es la sacralización de las estructuras y, consiguientemente, falta de libertad, ya que los críticos serían considerados como personas de mala voluntad.

En nosotros está, pues, con ayuda del Espíritu o, por mejor decir, con su impulso constante, aceptar la soberanía de Dios, vivir como hijos en el Hijo. Pero no lo está entrar al Reino o producirlo o apresurarlo. El Reino es la nueva creación, la recreación definitiva. Si la primera creación es obra exclusiva del amor de Dios, mucho más lo es esta recreación definitiva, que consiste en ser transformados para participar, en el Hijo Jesús, en la comunidad divina. La relación entre ambas coordenadas consiste en que el reinado es el único camino hacia el Reino, más aún, su semilla.

El reinado es ya presente en las palabras y acciones de Jesús, en su persona, y en los que aceptaron su propuesta, y, más en general, en los que a lo largo de la historia le dicen sí a Dios con el Espíritu de Jesús. En este sentido puede decir el cuarto evangelio que el que cree en Jesús ha pasado de la muerte a la vida, en el sentido preciso de que tiene la vida eterna, ya que ésta consiste en la relación de Dios con nosotros como Padre materno y en nuestra correspondencia como verdaderos hijos.

Pero el Reino como tal es futuro, porque no se han dado todavía los bienes del Reino: la vida fraterna de las hijas e hijos de Dios. Si la mayoría no puede dar por supuesta la vida porque no tiene salud ni medios para restablecerla, ni garantía de una dieta básica para vivir sanamente, ni una vivienda higiénica, segura y mínimamente espaciosa, ni un trabajo productivo, fuente de realización humana y de recursos básicos, ni una participación realmente democrática en la vida social y política ¿cómo puede decirse que se vive la fraternidad de los hijos de Dios? Porque las fuerzas productivas están tan desarrolladas que actualmente se produce lo suficiente para que nadie carezca

de lo básico. Si los que nadan en la abundancia viven en poder del bienestar que los anestesia, los insensibiliza, los incapacita para reaccionar como seres humanos ¿cómo podemos decir que vivimos la fraternidad de los hijos de Dios?

Así pues, es cierto que el reinado está presente en los que se esfuerzan por vivir con la dignidad de hijos y la solicitud de hermanos. Más o menos son muchos los que caminan humilde y honradamente en esta dirección (Miq 6,8). Por eso este mundo, a pesar de todo, es vivible y hasta a veces hermoso y tiene momentos de verdadera felicidad. Pero la dirección dominante de esta figura histórica no está configurada por esos valores. Por eso es verdad que vivimos en una situación de pecado, que no sólo causa inmensos sufrimientos sino que está llevando al humanicidio de los pobres y al suicidio colectivo.

Ahora bien, el Reino sí es presente para Jesús, que ya ha vencido de la muerte y ha sido transformado para vivir humanamente la vida misma de Dios en el seno de la comunidad divina. También lo es para los que han muerto en Cristo. Pero este reino, presente ya para ellos, todavía no ha llegado a su consumación.

El que el reinado de Dios esté ya presente en alguna medida impide que demonicemos la situación. Quien vive maldiciendo por lo malo que está el mundo, no tiene el Espíritu de Dios porque no tiene ojos para ver su acción victoriosa, para alegrarse de ella y para secundarla. Desconoce su reinado. Esto significa que tenemos que hacer lo posible por responder a esa soberanía de Dios, aunque sea dentro de nuestra labilidad. A ello debemos destinar la mayor parte de nuestras energías. Pero no podemos vivir instalados en esta sociedad ni en estas reglas de juego, porque en ellas no cabe la filiación ni la fraternidad. Debemos vivir positivamente, pero en una vida alternativa a la mentalidad y las reglas de juego dominantes, cuyo sujeto son las grandes corporaciones, los que las usufructúan y los que se dejan definir por ellas.

La historia es escatológica porque en ella se da definitividad, de modo que quien en ella no viva la vida eterna (la filiación y fraternidad alcanzadas por Jesús), nunca la vivirá. Por eso, la historia debe ser vivida con responsabilidad. Pero esperamos una escatología transhistórica porque en la historia no cabe la plenitud del Reino. Esa posibilidad está sólo en las manos de Dios. Pero no la podemos imaginar porque no cabe en nuestra historia, en nuestra creación. Por eso decimos que la escatología es transhistórica¹.

¹ Para este apartado, Trigo, *Contribución de la perspectiva teológica de los signos de los tiempos a la práctica situada de los Ejercicios y contribución de los Ejercicios al discernimiento de los signos de los tiempos*. Apuntes Ignacianos 69-70 (set. 2013-abr. 2014, 88-94

EL ESPACIO PÚBLICO DEBE SER SECULAR PORQUE LAS PERSONAS SON LO ÚNICO ABSOLUTO

Entendemos por secularidad en el espacio público la no atribución teórica ni, sobre todo, práctica de numinosidad a ninguna de las instituciones o estructuras que lo configuran, porque ninguna puede tener ni tiene el peso de lo sagrado, la absolutez de lo definitivo, y por eso no debe pretender tenerlo ni puede imponerlo por la fuerza del dinero y la organización, convalidada, de algún modo, por la legalidad vigente o, al menos, por el modo como se aplica. Aunque tiendan a absolutizarse y a someter todo a sus propios fines particulares, todas son relativas, ambivalentes, provisionales. A lo más que pueden aspirar, y es un servicio indispensable, es a una relativa positividad, que consiste en crear condiciones que posibiliten la vida material y social a los seres humanos y los potencien para que se constituyan en humanos, en el sentido preciso de con calidad humana.

Ahora bien, el carácter relativo de las instituciones y estructuras no proviene de que todo es relativo, porque en la historia, como decía el poeta² “todo pasa y todo queda”, porque nada se crea (se entiende que de la nada) ni se destruye sino que se transforma y, en ese sentido, “todo fluye”, como decía Heráclito. Para nosotros los cristianos, las instituciones y estructuras, todas, incluida la eclesiástica, son relativas, porque existe un absoluto y todo debe estar en función de él. Ese absoluto son las personas, tanto las divinas como las humanas, cada persona humana y la humanidad³ como una sola familia de pueblos y, en definitiva, de hermanas y hermanos, la gran familia de las hijas e hijos de Dios.

Así pues, nosotros los cristianos creemos que en la historia se gesta lo absoluto, pero que lo absoluto no hay que buscarlo en las instituciones ni en las estructuras sino en los seres humanos, que son, no sólo temporales sino radicalmente históricos, y por tanto van llegando a ser lo que son⁴. Porque el modo humano de ser es ser siendo (Zubiri). Y en ese sentido preciso, la existencia precede a la esencia: todos nacemos constitutivamente humanos y nos vamos haciendo cualitativamente humanos⁵. Ahora bien, esas cualidades humanas, como las estructuras y las instituciones, son sólo relativamente

² Antonio Machado

³ Trigo, *Afirmarse como seres humanos y afirmar todos los seres humanos. Vocación y misión de los sujetos humanos*. ITER Humanitas 17(2012)105-146

⁴ “que llegues a ser lo que eres” (Píndaro, *Pítica*, II. v.72)

⁵ No lo afirmamos, pues, en el sentido radical sartriano, ya que para él el axioma significa que, como no existe Creador, no existe ningún designio, ninguna esencia previa, ninguna naturaleza y nosotros nos damos nuestra esencia (*El existencialismo es un humanismo*. Edhasa, Barcelona 2010,30-31)

positivas, en tanto posibilitan y potencian la calidad humana; pero como no equivalen a ella, pueden también potenciar la inhumanidad, la deshumanización.

Ahora bien, la posibilidad humana de deshumanizarse no llega a negar la bondad primordial que le adviene al ser humano por el hecho de ser constantemente puesto en la existencia por la relación constante de amor creador, personalizado, de Dios. En la hipótesis negada de que un ser humano elija del tal modo el mal que llegue a ser radicalmente malo⁶, de todos modos sigue siendo originalmente bueno y ese origen no se queda en el pasado porque la creación no es un acto perteneciente a la causalidad eficiente sino una relación constante de amor, un amor trascendente que el ser humano puede no aceptar pero no puede negar, ya que su acción no llega a ese nivel⁷. El ser humano es absoluto en cuanto es fruto del amor constante de Dios que lo pone fuera de sí y lo mantiene ante sí, libre de sí.

Pero no sólo es absoluto por su constitución original, sino también por su destino, que es participar en Jesús de Nazaret, el Hijo único y eterno de Dios, humanado, que se hizo nuestro Hermano, de su relación filial con Dios. En efecto, Jesús, cuando acudió al Jordán, a ser bautizado por Juan, pidió perdón a Dios en primera persona de plural, porque nos llevaba realmente en su corazón, como verdadero Hermano nuestro; y al subir del río vio que el cielo se abría: que Dios aceptaba su confesión. Mientras Jesús no nos eche de su corazón, estamos perdonados por Dios⁸. Jesús vivió y murió como Hermano nuestro: llevándonos realmente en su corazón; y como Hermano nuestro fue recreado por el Padre, y por eso, en su corazón estamos realmente en la comunidad divina. Este destino da la medida de nuestra dignidad.

Ahora bien, como la salvación tiene la forma de la alianza, no es suficiente el sí de Jesús y de Dios: se necesita también nuestro sí. Así pues, estamos salvados, si nos aceptamos en Jesús, si aceptamos su fraternidad. Pero por Dios ya estamos aceptados para siempre en su Hijo Jesús resucitado. Este destino da la medida de nuestra dignidad.

Para los cristianos la dignidad humana es, en cierto modo, infinita ya que se debe a la relación constante de Dios con él que lo pone en la existencia y al destino trascendente para el que en definitiva ha sido creado. Esta dignidad es gratuita y por ende incondicional e inamisible, y se refiere a cada uno de los

⁶ Hipótesis que sostiene Kant, *La religión dentro de los límites de la razón*. Alianza, Madrid 1969, 29-49

⁷ Es lo que sostiene Ricoeur, para el que el bien es anterior al mal, no sólo temporalmente y por eso el mal no puede anularlo completamente (La simbólica del mal. En *Finitud y culpabilidad*, Trotta, Madrid 2004, 386. Lo mismo sostiene Kant: “el hombre es representado solamente como caído en el mal mediante seducción, por tanto no corrompido desde el fundamento (incluso según la disposición primera al bien) siendo susceptible así de mejoramiento” (oc 53)

⁸ Trigo, *Los discernimientos de Jesús, matriz de todo discernimiento cristiano*. ITER 63(2014)60-66

seres humanos y a la humanidad como la familia, en Jesucristo, de las hijas e hijos de Dios. No es una dignidad que dependa de la familia o de la cultura o de la clase social o del dinero y el poder que haya logrado acumular o de sus cualidades o de sus virtudes, como decimos, de sus méritos. Es una dignidad dada por una relación trascendente cuyo fruto es la propia persona. Una relación a la que la persona está llamada a responder con la misma libertad con la que le es otorgada; pero una relación, que es un don, que en todo caso constituye a la persona.

Por ésta su constitución trascendental cada persona es sagrada. Y por eso no lo son ninguna institución ni estructura.

EXISTEN PODERES ABSOLUTIZADOS QUE VIVEN DE VÍCTIMAS

Sin embargo, como dice Pablo a los corintios, “existen éstos que llaman dioses, sea en el cielo o en la tierra, y, por cierto, son muchos esos dioses y señores.” (1Cor 8,5). Obviamente que para Pablo no tienen una existencia real, pero él sostiene, con toda razón, que existen para sus adoradores e incluso para sus víctimas cuando los consideran como fetiches y por eso viven presos de su hipnotismo, maldiciéndolos constantemente.

En nuestro tiempo, siguen existiendo trágicamente, muchos dioses en el cielo, y por eso, tantas barbaridades que se comenten en nombre de la religión; pero son más atroces todavía los dioses en la tierra, sobre todo, el dinero y, más en concreto hoy, el capital financiero, especulativo, que opera como un fetiche al que sus sacerdotes, los grandes financistas y sus ayudantes, los gobernantes, falazmente democráticos, sacrifican millones de seres humanos, excluidos por ellos del mercado de trabajo o con contratos de trabajo miserables, efímeros y sin ningún tipo de seguridad social.

LA CRISTIANDAD SE SACRALIZÓ POR CREER QUE LA SOBERANÍA DE DIOS HABÍA VENIDO COMO REINO

Hay que reconocer que a lo largo de la historia, al menos desde Constantino y, sobre todo, Teodosio, la institución eclesiástica se ha sacralizado a sí misma y ha sacralizado al poder político con el que llegó a formar una unidad y a crear un ámbito sacralizado: la cristiandad.

La justificación ideológica de la sacralización de estas instituciones ha sido una concepción del ejercicio de la soberanía de Dios que estaba muy presente en tiempo de Jesús, incluso que profesaban los apóstoles, y que rebrota una y otra vez en el ámbito cristiano, pero que no puede remitirse a Jesús ya que

éste con su vida y sus palabras la rechazó explícitamente. Es la concepción del reino de Dios, como restauración de la soberanía para Israel, cuya heredera sería la Iglesia, unida con mucha frecuencia a la de un Mesías político-trascendente.

El modelo sería la visión que aparece en la profecía de Daniel: una piedra que se desprende del monte, del lugar de Dios, sin intervención humana, golpea los pies de la estatua, que representa a los imperios humanos, y la estatua se desploma y se deshace completamente (Dn 2,31-45). Desde esta perspectiva, en tiempos de Jesús ese Mesías trascendente venido directamente de Dios, iba a acabar fulgurantemente con el imperio romano y los colaboracionistas judíos y a restaurar la soberanía de Israel, la de los santos de los últimos días, el tiempo de la plenitud, un imperio sin término.

Ése era el sentido que Pedro le daba a su confesión de que Jesús era el Mesías. Por eso cuando Jesús, en respuesta a su confesión, declara que va a ser entregado a manos de los hombres, él lo reprende porque si estaba ungido por la fuerza de Dios, nadie podría someterlo, porque ése tendría que tener más fuerza que Dios. Por eso los discípulos cuando ven que Jesús es apresado sin oponer resistencia, lo abandonan, no sólo llenos de miedo sino completamente desconcertados. Y es cierto que Jesús, aunque de ningún modo lo fue, muere como Mesías político fracasado, ya que el título de la cruz es la publicidad de su sentencia. Ésta es también la percepción que tienen de Jesús los discípulos de Emaús, que por eso se retiran decepcionados de la comunidad. Jesús era para ellos un profeta que se definía por el poder, un poder no sólo ante los seres humanos sino precisamente ante Dios. Por ese poder que había ostentado a lo largo de su misión ellos esperaban que él fuera el liberador de Israel. Pero, en vez de eso, los opresores habían acabado con él ignominiosamente. Todavía, según los Hechos, lo último que preguntan a Jesús resucitado los apóstoles antes de que los deje para ir al Padre es si en ese momento es cuando va a restaurar la soberanía para Israel.

Ese concepto de reino de Dios que comprende un territorio, un pueblo, unas instituciones, un ejército y un soberano con un poder imbatible de coacción, aunque sea justísimo, dimana en último término de un concepto de Dios, definido, en definitiva, por el poder de imponerse por las buenas o por las malas. Según esta opinión, Dios quiere imponerse por las buenas, usando sólo el brazo de la misericordia; pero, si por nuestra pertinacia no le dejamos otra posibilidad, tendrá que imponerse por las malas. Así pues, ese Dios, en último término, que es lo definitivo, queda caracterizado por su poder de imponerse sobre todos y sobre todo. Este Dios de Pedro, que por eso cree que es imposible que Jesús, el ungido con toda la fuerza de Dios, caiga en manos de sus enemigos, sigue siendo el Dios de la mayoría de los cristianos y es el Dios de la

liturgia romana y por eso las colectas de la misa comienzan: “omnipotente y eterno Dios”.

¿CÓMO SUPO JESÚS QUE DIOS ESTABA VINIENDO Y QUE VENÍA COMO REINADO?

Sin embargo, no es el Dios de Jesús. Su Dios no es omnipotente, según lo que nosotros entendemos por tal, porque él no tiene más poder que el que cabe en el amor infinito en que consiste. Y en el amor no cabe imponerse a la fuerza ni, menos aún, matar, dos aspectos que sí están en nuestra noción de omnipotencia.

Por eso, el careo de Jesús con Pilato, aunque sea una representación, expresa de modo fehaciente que él no era rey como los de este mundo por dos razones: porque no tiene ejército ni guardia personal y porque la causa de no tenerlos es que él no tiene ni quiere tener súbditos sino seguidores voluntarios. De un modo más general aparece que él no aspira a ningún desempeño institucional.

Y sin embargo, su proclama programática consiste en afirmar que está llegando la soberanía de Dios (*basileia tou Theou*) y pedir que se conviertan a esta buena noticia (Mc 1,14-15). ¿Cómo sabe Jesús que está llegando y por qué sabe que esa llegada es evangelio y no juicio, como había pensado el Bautista?

El acontecimiento que antecede a esta proclama, el único que reseña Marcos antes de ella, es el bautismo de Jesús. Él se ha confesado en primera persona de plural porque no podía confesarse en primera persona de singular: porque no era pecador, porque no estaba incurvado sobre sí mismo, pudo anchar tanto su corazón que en él cupiera todo el pueblo, cupiéramos todos. Jesús confesó los pecados en primera persona de plural, porque nos llevaba a todos realmente en su corazón. Los confesó con más dolor que todos los pecadores juntos de toda la historia porque su corazón estaba desgarrado porque en su centro estaba Dios como su Padre, que le hacía ser lo que era, y estábamos también como hermanos los que no hacíamos la voluntad del Padre. Al subir del río él vio que el cielo se abría: vio que su Padre había aceptado su confesión y que todos estábamos perdonados. Vio, pues, que Dios se había acercado como Padre y, en él, su Hijo único y eterno, nos acogía a todos como a hijos.

Vio, pues, que la soberanía de Dios se había decantado, no como reino, como una estructuración sociopolítica que encuadrara a todos por las buenas o por las malas, sino como esa relación de él con nosotros que, en su Hijo, nos hacía a todos hijos y, por consiguiente, hermanos. Eso es lo que testifica la teofanía consiguiente, que es el acontecimiento decisivo de la vida de Jesús,

aunque no el constituyente. Es decir, no es que la teofanía subsiguiente al bautismo constituya a Jesús como Hijo y al posarse sobre él el Espíritu le otorgue la misión mesiánica; es que, ejerciendo Jesús su condición eterna de Hijo y dejándose llevar por el Espíritu, por el que había sido concebido, se hizo nuestro Hermano y pidió perdón como Hermano universal. Al aceptar el Padre su confesión y perdonarnos, lo destinó a la misión, que consistía en que lo que había acontecido entre el Padre y él, aconteciera entre él y cada uno (y los grupos y el pueblo), para que pudiera acontecer entre el Padre y cada uno y el pueblo como tal. Era un acontecimiento decisivo: le cambió la vida, lo hizo mediador, pontífice. Así pues, aunque el relato de la teofanía sea una representación del evangelista, esa representación sí alude a una experiencia real: la respuesta de su Padre a su petición de perdón como Hermano universal.

Esa experiencia real del Padre y del Espíritu, como respuesta real al acontecimiento histórico de pedir perdón como Hermano, es el origen de la certeza de Jesús de que la soberanía final de Dios a la que tendían la ley y los profetas se había decantado no como reino sino como reinado. Por esa aceptación de la confesión de Jesús, el Dios de Israel había pasado a constituirse en su verdadero Padre y el pueblo pasaba a ser su verdadero hijo, en su Hijo único y eterno Jesús. Es la consumación superabundante de la alianza y por ende su universalización⁹.

Ésta es la mejor noticia posible. Por eso Jesús es únicamente evangelizador: es el sí de Dios a su pueblo y en definitiva a toda la humanidad, un sí gratuito, incondicional, definitivo. Este acontecimiento constituye a los seres humanos en hijos de Dios y en hermanos unos de otros.

Ahora bien, esto es así de parte de Dios y de Jesús. Para que llegue a ser constitución nuestra se requiere también nuestra aceptación. En eso consiste la conversión que pide Jesús, que no es, como la que pedía Juan, una conversión del pecado a la virtud, sino aceptarnos como hijos de Dios y hermanos de todos, dejando nuestra configuración actual, que puede ser el autocentramiento radical, el aspirar a ser de nosotros, en nosotros y para nosotros, o que puede consistir en definirnos como miembros de un conjunto del que recibimos las posibilidades y las limitaciones. No se acoge la llamada de Jesús, tanto si uno está lleno de su dinero o de su poder o de sus placeres, como si está lleno de virtudes y buenas obras, como si, por otra parte, está en la onda, en el establecimiento. Si uno se define por esas pautas, no se define por la condición actuada de hijo y hermano.

⁹ Para todo este apartado ver Trigo, *Los discernimientos...* 67-88

LAS RELACIONES QUE PERSONALIZAN SON SITUADAS: OPCIÓN POR LOS POBRES Y BÚSQUEDA DE LOS PECADORES

Ahora bien, la actuación de esta condición de hijos y hermanos no es solipsista, acosmística, sino histórica, situada. Para muchos contemporáneos de Jesús, el Reino esperado, lo que demandaban a Dios, era una patria liberada del yugo opresor y nadando en la abundancia, para poder ellos vivir disfrutando de ese cúmulo de bienes, sentidos como dones de su Dios. Desde este horizonte Dios se reduce a ser el dador de los dones que hacen la felicidad humana, no el que nos hace felices precisamente con su relación.

La propuesta de Jesús es otra: lo que él nos trae es a sí mismo como entregado fraternalmente a nosotros y a su Padre como Padre nuestro, participando de su filiación. Éste es su don último, absoluto, incondicionado, inmerecible y gratuito. Todo lo que hace son signos de esa entrega. Cuando cura a la mujer que tenía flujo de sangre desde hacía doce años, la mujer sigue en su pobreza, pero sabe que Dios ha pasado por su vida en el contacto personal que ella ha tenido con Jesús, sabe que ha sido bendecida por Dios y por eso ella ya no es la misma. El ciego de Jericó que pedía limosna al borde del camino, sigue tan pobre como antes de que Jesús le devolviera la vista, pero le sigue a Jesús porque sabe que ese favor que le ha hecho es el signo de esa relación absolutamente personalizada con él, en la que ve la acogida de Dios y por eso deja su vida y lo sigue a la Jerusalén hostil. Los nueve leprosos judíos que en el camino hacia el templo se ven limpios de la lepra siguen su camino, alegres por haber dejado atrás esa vida miserable de leproso, y Jesús es tan sólo para ellos su bienhechor. Pero el samaritano regresa porque para él, más decisivo que el verse libre de la lepra, es que ese hombre de Dios haya tenido esa misericordia con él y regresa dando gracias a Dios y se echa a sus pies agradeciéndole.

Los destinatarios del reinado de Dios que hizo presente y proclamó Jesús son, en principio, todos, ya que a todos nos lleva Jesús en su corazón y por todos se dolió y a todos nos alcanzó el perdón del Padre, pedido por él como Hermano de todos, empezando por los del pueblo de Dios.

Pero de lo que más se dolió Jesús fue de lo descalabrados que estaban los pobres, que no estaban sólo carenciados sino que estaban siendo empobrecidos por la legalidad vigente, en cuya cima estaban los romanos y cuyo aliado en Galilea era Herodes y cuyos beneficiados eran los grandes terratenientes y funcionarios y la aristocracia sacerdotal. Por eso Jesús proclamó solemnemente que la soberanía de Dios era para los pobres, tanto el reinado, ya que en Jesús se les entregaba su Padre como vida de su vida, como el reino, ya que los destinaba a vivir siempre en su seno como hijos en el Hijo. Se lo reveló

realmente al entregarse a ellos en su Hijo Jesús. De este modo los pobres tuvieron experiencia real de que Dios era su Dios y de que se les estaba entregando y de que podían vivir de esa entrega y por eso, al participar, llenos de fe, de esta relación, fueron en verdad dichosos, y por eso no se apartaban de Jesús.

Como había pedido perdón también por los causantes de este estado de pobreza generalizada y, más en general, por los que habían abandonado en la práctica la alianza con su Padre, también proclamó que el reinado era para ellos. Esta buena nueva consistió en una práctica suya sistemática: la de ir a buscarlos, la de comer a su mesa. Esta práctica, que contradecía frontalmente la práctica de los que, precisamente por su virtud, se separaban radicalmente de ellos en el entendido de que Dios los rechazaba frontalmente, fue tan característica suya y tan revulsiva para los piadosos que le valió el mote de “amigo de publicanos y pecadores”. Él respondió a estas acusaciones diciendo que su Padre es el pastor que sale a buscar la oveja perdida, el padre que recibe en su casa y da un banquete de bienvenida al hijo que malbarató la hacienda, y la mujer pobre que barre afanosamente su casa hasta encontrar la moneda que se le había perdido.

Esta actuación de Jesús derivaba de su misericordia, trasunto de la de Dios. El mismo corazón que abrazaba a los pobres por su miseria y desvalimiento, se compadecía de la deshumanización de los pecadores. Porque la misericordia de Dios es gratuita, incondicional ya que es expresión de su mismo misterio, de su amor infinito. Un amor que sólo sabe vencer al mal a fuerza de bien.

Ahora bien, así como los pobres tienen que vencer su encogimiento y desesperanza y abrirse con fe a la entrega fraterna de Dios en Jesús, así también los pecadores tienen que volverse a sus víctimas, cambiando radicalmente su modo de relación con ellas.

Por eso quienes viven en las relaciones de filiación y fraternidad se dedican a cuidar los cuerpos heridos y las siques perturbadas, a restaurar las relaciones rotas, a cualificar sus culturas de modo que sean cauces propicios de humanización, lo que incluye más vida y vida más compartida o, como dice la *Populorum Progressio* (nº20-21) y recoge la introducción de Medellín (nº6), el paso de condiciones de vida menos humanas a más humanas.

LO ABSOLUTO SON LAS RELACIONES PERSONALIZADORAS, Y SU RESULTADO RELATIVO SON LAS INSTITUCIONES Y ESTRUCTURAS

El fundamento último, teológico, de este planteamiento es que para los cristianos, a diferencia de los griegos, lo que más realidad contiene no es la sustancia sino la relación, que para ellos no pasaba de un accidente. El Dios cristiano no consiste en tres personas, entendidas como sustancias, que se relacionan: eso sería triteísmo. Consiste en la relación, que a la vez pone la diferencia (Padre, Hijo y Espíritu) y la mantiene unida (un solo Dios verdadero). En este sentido podemos decir que Dios *con-siste*, es decir que su consistencia, en el sentido de su densidad, solidez y coherencia interna, le adviene de su consistencia, de su existir con, de su relación. Por eso dice Tomás que Dios es relación subsistente¹⁰.

Al hacerse el Hijo nuestro Hermano, nos introduce en sus relaciones intradivinas como hijos en el Hijo y consiguientemente nos hace a todos hermanos. En este acontecimiento se ha realizado la soberanía divina como reinado de Dios.

Cualquier otra caracterización nuestra, incluida la de individuos y sujetos, tiene menos densidad que ésta de hijos y hermanos, que nos constituye en personas. Por eso dedicarnos a serlo, desde nuestra imborrable interioridad, que es a la vez soledad y capacidad de compañía, es lo más digno, sabio y productivo que podemos hacer. Hacerlo en la concreción única de nuestra historia es vivir la vida con calidad humana. Que es inseparablemente, convivir, en el cara a cara, en comunidades, en los cuerpos sociales que resultan de poner libremente en común nuestros haberes y en la humanidad total, tenida y vivida como la única familia de las hijas e hijos de Dios.

Esta manera de ver la realidad implica que hay acciones, que son relaciones, que contienen definitividad y que, por tanto, tenemos que cuidarlas para que contengan esta calidad que nos humaniza. Porque sólo por ellas nos humanizamos. Pero ninguna acción humana puede producir estructuras e instituciones humanizadoras. Las acciones, al ejercerse sobre la realidad de las estructuras e instituciones pueden mejorarlas, pueden lograr que, de ser más malas que buenas se conviertan en tan buenas como malas o incluso más buenas que malas; pero no pueden convertirse en buenas. Por tanto es indispensable una acción constante sobre ellas o, mejor, una confluencia constante de acciones humanizadoras, para que no desmejoren y para alcancen potencialidades más positivas.

¹⁰ “Las personas son las mismas relaciones subsistentes” (ST I, q.40, a.2, ad 1)

Pero además, cuando aplicamos a las estructuras e instituciones el calificativo de buenas o malas, no nos estamos refiriendo a calidad humana sino únicamente, y ya es mucho, a su condición de relativamente buenas, es decir, de potenciadoras de la vida y cualificadoras de la vida, que no es lo mismo que propiciadoras de calidad humana. Vamos a poner un ejemplo: mediante un trabajo, sostenido tenazmente, de saneamiento ambiental y atención pre y postnatal, Venezuela pasó del año 1935 al 2015 de una expectativa de vida de 38 años a otra de 74 años. No cabe duda de que este salto es en sí muy positivo y en él está implicada la acción humanizadora, no sólo técnica, de muchos miles de venezolanos. Pero el que los venezolanos vivamos casi el doble no equivale a que vivamos el doble de humanos, ya que esa vida más larga puede vivirse con igual humanidad, con menos humanidad o con más humanidad. Ese logro estructural, no es un bien último sino únicamente una adquisición posibilitadora.

En la historia los logros científico-técnicos se acumulan, gracias a Dios, y por eso, los impresionantes avances de la humanidad. Pero en punto a humanidad cualitativa, en el sentido preciso de calidad humana, no hay ningún avance: todo depende de las acciones de cada individuo y, por lo que toca a la situación, del vector que forma la composición de dichas acciones. Si vive en una situación de pecado, las instituciones y estructuras dificultarán enormemente vivir con calidad humana. Pero “donde abunda el pecado, sobreabunda la gracia” (Rm 5,20), y por eso es posible vivir en ella cualitativamente; como también es posible vivir inhumanamente en unas instituciones y estructuras que favorezcan la vida buena.

LA SECULARIDAD SÓLO SE MANTENDRÁ CUANDO LAS PERSONAS SEAN CONSIDERADAS DE HECHO ABSOLUTAS

La secularidad en la esfera pública alude al hecho de que las instituciones y estructuras no contienen definitividad sino, en el mejor de los casos, pueden ser buenos conductores de la vida buena; pero ellas, como tales, no la pueden proporcionar. Por tanto, como no son realidades últimas, no pueden aspirar a una existencia absoluta, sino que deben ser medidas por el grado en que contribuyen a propiciar la humanidad humana.

Por ejemplo, un crecimiento económico, incluso sostenido, que no redunde en mayor libertad, igualdad y fraternidad, sino que, por el contrario, por conceder libertad absoluta al capital, se la niegue a los seres humanos, sobre todo, del tercer mundo y, más específicamente a los trabajadores, y por eso provoque tanta desigualdad que el uno por ciento de la humanidad llegue a tener

más dinero como el noventa y nueve restante (OXFAN enero 2016), es la negación más palmaria de la fraternidad de las hijas e hijos de Dios y debe ser calificada como una situación de pecado. Como viene denunciando sistemáticamente el papa Francisco, este ordenamiento societario, al absolutizar el capital, y, peor aún, el financiero, no el productivo sino el especulativo, al convertirlo en ídolo, mata sistemáticamente a millones de seres humanos. Un ejemplo claro de no respetar la condición secular, relativa, de un ordenamiento social, en este caso, el ordenamiento económico.

Ahora bien, es indispensable insistir en que, si no se absolutiza al ser humano, a las personas y, por tanto a sus relaciones filiales y fraternas, no se ve por qué cada quien no tenga derecho a explotar para su provecho las ventajas acumuladas en la sociedad y, aliándose a otros como él, ponerlo todo a su favor. Si nadie es absoluto ¿por qué cada quien no puede hacer lo que quiera, si no se salta el ordenamiento legal, que es lo único en lo que ese individuo ha convenido con los demás?

La decisión de absolutizarse, no como individuo sino como persona, que incluye la de absolutizar a todas las personas, ya que la persona se constituye como tal por las relaciones, en este caso la de hermanos¹¹, es una decisión absoluta, incondicionada, que no depende de la utilidad que le va a reportar a la persona. Sin embargo, es una buena nueva, la más grande que le pueden dar a uno, porque dedicarse a construir en este mundo la fraternidad de las hijas e hijos de Dios es el modo de vivir más hermoso y fecundo que puede darse.

Aunque ese carácter sólo es perceptible desde dentro, desde la realización de la decisión de hacerlo. Éste es el problema: frente a la fascinación de las mercancías y el miedo que provoca la posibilidad de que los mercados pierdan la confianza, fascinación y miedo inculcados sistemáticamente y omnipresentes, el carácter de buena nueva, la alegría que da vivir como verdaderos hermanos, sólo se percibe desde dentro, desde su ejercicio denodado. Se requiere fe en Dios y en Jesús y en las hermanas y los hermanos que se relacionan con nosotros humanizadamente, para aceptar su relación y vivir desde ella, correspondiendo desde lo más genuino de nosotros mismos, porque sólo si nos dejamos llevar por esa fe, llegaremos a sentir esa alegría que nadie nos puede quitar.

Así pues, si las estructuras e instituciones no se aceptan como seculares, tenderán a excluir y aplastar a las mayorías y deshumanizarán a quienes vivan desde ellas. Por eso es importantísimo que todas las instituciones admitan su carácter no último sino relativo. Relativo no significa sólo que no se

¹¹ Trigo, *Afirmarse como seres humanos y afirmar a todos los seres humanos, vocación y misión de los sujetos humanos*. ITER Humanitas. 17(2012)105-146

absolutizan; significa, más propiamente, que se valoran y miden, desde su propio estatuto, en relación a lo absoluto, que son las personas: en cuanto son buenos conductores de la fraternidad de las hijas e hijos de Dios, en cuanto que facilitan una consecución de la igualdad, aceptada con libertad y expresión de un desarrollo de los sujetos impulsado por las relaciones mutuas, en definitiva, por la fraternidad.

Pero sólo habrá secularidad en las instituciones y las estructuras, si nos afincamos en el carácter sagrado de la persona y cultivamos denodadamente esas relaciones personalizadoras. Porque sólo ese tipo de seres humanos se empeñará en llevar las instituciones y estructuras en esa dirección. Por eso, la imperiosa necesidad de densificar los sujetos, de manera que adquieran una libertad liberada.

SÓLO SUJETOS MÁS DENSOS QUE LAS INSTITUCIONES Y ESTRUCTURAS PUEDEN VIVIR LIBRES DE ELLAS

Refiriéndonos a nuestra situación globalizada, podemos afirmar que si los sujetos no son más densos que esas estructuras e instituciones que hoy se han absolutizado, no tendrán más remedio que plegarse a ellas o vivir maldiciéndolas, impotentes para vivir ya de modo alternativo¹². Si esto parece un sueño irrealizable, no tendremos ninguna esperanza. De esto, pues, se trata, nada menos; éste es el dilema que tenemos que plantearnos con la mayor explicitud posible.

Pues bien, nosotros sostenemos que estos sujetos humanos más densos que las estructuras económicas y políticas actuales, y por tanto, libres respecto de ellas, son todas las personas que se atreven a vivir a fondo como hijas e hijos de Dios, del Dios de Jesús, y como hermanas y hermanos de todos, en todos los campos de la vida, desde el privilegio de los pobres y sin excluir a los que excluyen. Y lo sostenemos, no como tesis preestablecida o como una apuesta sino como constatación empírica y, consecuentemente, como teoría, en el sentido preciso de comprensión adecuada de una praxis.

Vamos a poner el caso más evidente de todos: muchas personas que conocemos que no tienen elementos para vivir porque no tienen un trabajo estable o lo que ganan no les alcanza, y no sólo viven, sino que viven en paz, no en trance sino conservando la cotidianidad y viven, no limitándose a sobrevivir sino actuando la polifonía de la vida, y conviven simbióticamente, y hasta dan de su pobreza. Muchas veces sienten que ya no pueden más, pero les salen

¹² Este modo de vida alternativo es el tema de la sexta parte de la encíclica del papa Francisco *Laudate Di* (n^{os} 202-232)

fuerzas de flaqueza y siguen adelante. Muchas de estas personas expresan que viven de fe: de la relación personalizadora con Dios y desde ella conservan su dignidad y conviven cualitativamente.

También podemos referirnos a no pocos profesionales altamente cualificados que, por la degradación salarial de nuestro país, no alcanzan a cubrir sus necesidades básicas, por ejemplo, profesores universitarios de la más alta cualificación o médicos con postgrados que trabajan a tiempo completo en hospitales públicos. Bastantes de estas personas trabajan con sobretiempo y dando lo mejor de sí porque son conscientes de que hoy son más necesarios sus servicios, y en la familia tratan de suplir con creatividad y mucho amor la carencia de tantas cosas, y además tienen humor y energías para participar de organizaciones solidarias. Más aún lo podemos decir de profesores de primaria o secundaria o de enfermeras (para continuar con el ejemplo) que no alcanzan a cubrir sus necesidades mínimas, y, sin embargo, se desviven en el trabajo, en la familia y en el vecindario y en medio del cansancio experimentan la alegría de realizar la fraternidad de las hijas e hijos de Dios.

Estas personas que son capaces de vivir alternativamente ya son el embrión de una estructuración más humana.

SÓLO SUJETOS MÁS DENSOS QUE LAS INSTITUCIONES Y ESTRUCTURAS PUEDEN TRABAJAR PARA TRANSFORMARLAS SUPERADORAMENTE

Sólo lograremos que las instituciones y estructuras se desabsoluticen y recuperen su carácter secular, relativo, y sean así buenos conductores de la humanidad cualitativa, si personas como las descritas, que actúan la fraternidad de los hijos de Dios, sin prisa y sin pausa, denodada y creativamente, llegan a dar el tono a una situación. Sólo desde esta vida alternativa caben relaciones sociales y un desempeño económico y político humanizadores. Desde la adaptación a las reglas de juego para jugarlas a su favor sólo se obtiene más de lo mismo. Por eso concluimos insistiendo en la importancia de fomentar el cristianismo auténtico para recuperar la secularidad en el espacio público: buscar como lo absoluto el reinado de Dios, el mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios. Es verdad que lo demás, empezando por la alegría y concluyendo con la vida material, se nos dará por añadidura.

Por tanto sólo tienen sentido, en el sentido preciso de ser susceptibles de positividad, las utopías simbólicas, no las que describen un estado de cosas alternativo, porque éstas describen estructuras e instituciones, que, en el mejor

de los casos, son bienes intermedios, posibilitantes de una vida humana con calidad, no bienes definitivos.

La expresión paradigmática de la utopía desde el reinado de Dios es la constitución de la humanidad como la familia de las hijas e hijos de Dios. La de la utopía como reino es el mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios, es decir, cuando la realidad entera esté moldeada por esa fraternidad y sea su expresión. Si lo primero es prácticamente imposible en este mundo porque todos tendríamos que convenir en esta actitud y en esta tarea de modo permanente, lo segundo es absolutamente imposible porque si se diera esa fraternidad, sólo podría transformar lo dado, haciéndolo más humano, no recrearlo de manera que fuera pura expresión de la fraternidad de las hijas e hijos de Dios. Eso sólo es obra de Dios.

EL POSTSECULARISMO Y LA POLÍTICA

Vamos a aplicar todo lo dicho a las relaciones del cristianismo con las instituciones políticas. El punto de partida es la aceptación por parte de la institución eclesiástica de la sana secularidad: ella no debe pretender regir a la sociedad ni para eso aspirar a ningún privilegio. Lo suyo es sólo o nada menos que ser sacramento de la unión de todo el género humano como familia de Dios en su Hijo único Jesús, y por tanto esforzarse creativamente por promover y adensar lazos horizontales y biófilos, lazos de fraternidad universal desde el privilegio de los pobres y excluidos y sin excluir a los que excluyen.

Este vivir sin privilegios en el seno de las sociedades, a pesar de que en algunas partes queden alianzas indebidas con determinados gobiernos, más de hecho que de derecho, está básicamente conseguido, tanto en el seno del cristianismo como de la sociedad.

El problema actual, un problema perentorio, que se ha evidenciado por los actos tan extendidos de corrupción y, sobre todo, por el dominio despótico, sin rostro y sin piedad, de las corporaciones y, en definitiva, de los grandes inversionistas, es que la sociedad necesita, como un problema de vida o muerte, de ciudadanos densos, que expresen su libertad liberada viviendo como seres humanos honrados, creativos y solidarios. Porque hay que reconocer que en las sociedades actuales hay un déficit tan acusado de estos sujetos indispensables que no llegan a constituir una masa crítica que dé consistencia a la democracia frente a la usurpación de la voluntad general por parte de poderes de hecho, en general de quienes tienen más dinero y capacidad de organización, que a veces viene reforzado por una ideología de superioridad étnica o de dominación religiosa.

Esto significa que la sociedad debe estimular a las fuentes que propicien tales ciudadanos. En el caso del cristianismo no directamente a su representación oficial, es decir, a la institución eclesíástica como tal, sino a aquellas organizaciones que, de hecho, reconocidamente produzcan establemente este tipo de ciudadanos y mientras los sigan produciendo. Los representantes de la sociedad como tales no conocen el cristianismo, aunque lo practiquen como personas, ya que el cristianismo no es un ingrediente de la ciudad como tal; pero sí pueden y deben conocer y reconocer y apoyar este efecto benéfico porque este tipo de ciudadanos es indispensable para que funcione realmente la democracia, en el sentido preciso de que no se restrinja, como sucede realmente, a lo meramente procedimental sino que sea capaz de expresar y vehicular aquello en lo que conviene la mayoría como sujetos pensantes y deliberantes y con capacidad de cargar con lo que deciden.

Ahora bien, este apoyo debe ser de tal modo que no mediatice o desfigure los fines y el espíritu de esas organizaciones: su servicio realmente fraterno al bien común.

Este reconocimiento de la ciudad de que necesita de la colaboración de fuentes extrapolíticas para que la democracia pueda realizar sus fines excluye el laicismo, tal como lo entiende y practica, por ejemplo, la república francesa que, a diferencia de la sana secularidad, excluye la religión no sólo de la política sino de la esfera pública. Frente a esa pretensión, típicamente ilustrada, de recluir la religión a la sacristía, declara el papa Francisco que de la capacidad que tiene el cristianismo y otras religiones de ofrecer bienes civilizatorios y culturales y, sobre todo, entereza humana “se deriva que un sano pluralismo no se cerrará en la específica aportación ofrecida por los diversos componentes ideales y religiosos que forman la sociedad, siempre que naturalmente ellos acojan los principios fundamentales que presiden la vida civil y no instrumentalicen o desvíen sus creencias con fines de violencia y abuso. En otras palabras, el desarrollo ordenado de una sociedad civil pluralista pide que no se pretenda recluir el auténtico espíritu religioso en la sola intimidad de la conciencia, sino que se reconozca también su papel significativo en la construcción de la sociedad, legitimando la válida aportación que este puede ofrecer”. Y refiriéndose concretamente a Italia subraya: “La fe se transformó en obras y estas en instituciones, hasta dar un rostro a una historia peculiar y a modelar casi todos los aspectos de la vida, empezando desde la familia, primer e indispensable baluarte de solidaridad y escuela de valores, que debe ser ayudada

a desempeñar su insustituible función social como lugar fundamental de crecimiento de la persona”¹³.

Ahora bien, si la sociedad debe reconocer aquellas organizaciones cristianas que de hecho promueven establemente la honradez, la creatividad y la solidaridad, también el cristianismo como tal debe estimular la participación política de los ciudadanos desde el espíritu cristiano, como un componente ineludible de su realización cristiana. Ahora bien, esta participación no debe llevarse a cabo en partidos cristianos. Sí como cristianos, pero no en cuanto cristianos, sino en cuanto ciudadanos. Esta distinción es crucial. Así la razona el papa Francisco. Insiste en que ni la Iglesia es un partido ni tiene sentido un partido de solo católicos: «se escucha: «¡Debemos fundar un partido católico!». Este no es el camino. La Iglesia es la comunidad de los cristianos que adora al Padre, va por el camino del Hijo y recibe el don del Espíritu Santo. No es un partido político. «No, no digamos partido, sino..., un partido solamente de católicos». No sirve, no tendrá capacidad de despertar interés, porque hará aquello para lo que no ha sido llamado”¹⁴.

Hoy hacer política está muy desprestigiado, incluso interesarse vitalmente en ella y seguir responsablemente el debate político tiende a ser dejado de lado. Al menos en nuestro país (y creo que lo mismo podemos decir del resto de América Latina) es claro que fueron los grandes medios de comunicación los que sembraron insidiosamente esa opinión hasta diseminarla y convertirla en la ideología dominante. Su propósito fue dirigir ellos la política como representantes de los grandes intereses corporativos. Son estos intereses los que no quieren que haya democracia real y con ellos los políticos que viven de la política, en vez de vivirla como vocación de servicio.

Refiriéndose a esta situación política dice el papa: “¿Cuál es la solución que hoy nos ofrece este mundo globalizado para la política? Sencillo: en el centro, el dinero. No el hombre y la mujer, no. El dinero. El dios dinero. Este es el centro. Todos al servicio del dios dinero. Por eso lo que no sirve al dios dinero se descarta. Y lo que hoy nos ofrece el mundo globalizado es la cultura del descarte (...) Pero este es el camino de la destrucción. Yo, católico, ¿miro desde el balcón? ¡No se puede mirar desde el balcón! ¡Comprométete allí! Da lo mejor de ti. Si el Señor te llama a esa vocación, ve allí, haz política”¹⁵.

Por eso el papa llama a los cristianos a interesarse por la política y participar en ella, como parte de su responsabilidad ciudadana, que es uno de

¹³ Discurso del papa Francisco al Presidente de la República Italiana, Sergio Mattarella, 18 de abril de 2015

¹⁴ Diálogo espontáneo del Papa con los representantes italianos de las comunidades de vida cristiana, 30 de abril de 2015

¹⁵ Id

los campos de ejercicio de la fraternidad que nos constituye: «Pero, ¿puede un católico hacer política?». «¡Debe!». «Pero, ¿puede un católico comprometerse en la política?». «¡Debe!». El beato Pablo VI, si no me equivoco, dijo que la política es una de las formas más altas de la caridad, porque busca el bien común¹⁶. Con una formulación más contundente: “Ante la cultura de la ilegalidad, de la corrupción y del enfrentamiento, estáis llamados a dedicaros al bien común, también mediante el servicio a la gente que se identifica con la política. Ella, como afirmó el beato Pablo VI, «es la forma más alta y exigente de la caridad». Si los cristianos se eximieran del compromiso directo en la política, sería traicionar la misión de los fieles laicos, llamados a ser sal y luz en el mundo incluso a través de esta modalidad de presencia”¹⁷. Esto mismo lo vuelve a repetir de un modo más complexivo en la *Laudato Si'*: “El amor a la sociedad y el compromiso por el bien común son una forma excelente de la caridad, que no sólo afecta a las relaciones entre los individuos, sino a «las macro-relaciones, como las relaciones sociales, económicas y políticas»¹⁸”.

¿Qué decir de esta apreciación del papa? Estamos de acuerdo en que la dedicación al bien común es la forma más alta de la caridad¹⁹ y también convenimos en que una de las expresiones infaltables de la dedicación al bien común es la política, bien sea su ejercicio profesional, bien la activa participación como ciudadanos responsables. En lo que no estamos de acuerdo, y éste es el fondo de lo que queremos expresar en este escrito, es que la dedicación política sea la dedicación más alta al bien común. Si así fuera, Jesús no sería el paradigma de la caridad. Esto para un cristiano es inadmisibile. Vamos a razonarlo.

En esta apreciación, característica de la Doctrina Social de la Iglesia, se pasa por alto que la política no puede vehicular la vida buena sino tan sólo, y esto es muchísimo y desgraciadamente no suele darse, los mínimos comunes obligatorios para que la sociedad funcione y funcione civilizadamente. Todo lo demás no es ni puede ser objeto de obligación.

Jesús se desmarcó del modo de regir de los reyes de la tierra en que él no tuvo ni quiso tener guardia personal ni policía ni ejército. Como se ve por el argumento, no se desmarcó meramente de una política totalitaria sino de toda

¹⁶ Id

¹⁷ Discurso a los representantes italianos de las comunidades de vida cristiana, 30 de abril de 2015

¹⁸ Benedicto XVI, Carta enc. *Caritas in veritate* (29 junio 2009), 2: AAS 101 (2009), 642.

¹⁹ “De todas las formas de la caridad la más alta sin duda es la que no se contenta con establecer un vínculo de amor interpersonal sino que constituye una red de vínculos en donde todos y cada uno puedan crecer en el amor mutuo. La “caridad social” es esto: es el alma del cuerpo social y su principio vital: la sociedad no puede prescindir de ella” (Bigo, *Doctrina Social de la Iglesia*. Instituto Católico de Estudios Sociales, Barcelona 1967, 258-259).

política, ya que ni el poder más genuinamente democrático puede prescindir del poder de coacción, en el sentido preciso de aplicar el peso de la ley a los que no acepten la legalidad vigente y atenten contra los demás. Por eso nos quejamos en nuestro país contra la impunidad reinante. Y por la misma razón, porque su misión no era hacer caer sobre nadie el peso de la ley, insistió en que él no era, ni obviamente quería ser, juez.

A diferencia de los demás grupos religiosos que eran sectarios, se dirigió a todo el pueblo y precisamente el ascendiente que logró sobre la gente fue la causa de su condenación. No fue condenado por ser mesías político sino porque, no teniendo ninguna pretensión institucional, no pretendiendo de ningún modo desbancar a ningún dirigente de las instituciones reconocidas, de hecho lideró al pueblo, pero no para convertirlo en satélite suyo sino para sacarlo de su postración y minusvalía y para llevarlo a su adultez, a la adultez de hijos de Dios y de hermanos unos de otros. Lo que hizo Jesús tenía ciertamente una dimensión política, pero no era formalmente político²⁰. Si lo hubiera sido, no habría constituido un peligro para el establecimiento. Lo que hizo Jesús no lo puede lograr la política. Y ésa fue la forma más alta de buscar el bien común: ir haciendo a todos la familia de las hijas e hijos de Dios y a Dios el Padre común y al pueblo desperdigado, un pueblo de hermanas y hermanos.

Eso no lo puede lograr la política. Ella puede lograr los acuerdos mínimos en los que ese bien común pueda realizarse. Pero el bien común como tal no se realiza políticamente. La grandeza de la política está en vehicular esa vida buena. Eso logra la política en los mejores momentos y eso es muchísimo. Por eso tiene muchísimo sentido que el papa estimule las vocaciones políticas y que evoque a grandes cristianos que lo lograron en una medida muy apreciable: “Hacer política es importante: la pequeña política y la gran política. En la Iglesia hay muchos católicos que han hecho una política limpia, buena; también han favorecido la paz entre las naciones. Pensad en los católicos de aquí, en

²⁰ Esta distinción a veces no está clara. El teólogo chileno Fernando Castillo, citando a Assmann, dice certeramente: “En la sociedad todo tiene una dimensión política” (*Iglesia liberadora y política*. Editorial ECO, Santiago de Chile 1986, 115). Por tanto, “el carácter público-político de la fe se plantea, por decirlo así, ‘desde la sociedad’” (id). Y más adelante: “Por ser transformación de la realidad humana, plenitud de libertad y de vida (material y espiritual; personal y social) el reino anunciado por Jesús tiene una nítida dimensión política” (127), afirmación que explana convincentemente. Sin embargo de ahí concluye: “El mesianismo de Jesús es entonces un ‘mesianismo político’. Pero no se trata de la política del poderoso, sino de la del torturado y ejecutado. Es la política del perseguido y del que sufre. La cruz nos dice dónde está Dios en la política y sus conflictos” (125). No estamos de acuerdo con ese paso de la dimensión política a la caracterización de que el mesianismo de Jesús sea formalmente político. Es distinto “plantear la política desde la historia y la realidad de los que sufren, en lugar de plantearla desde los que tienen éxito y son victoriosos” (id), que hacer política. Jesús hizo lo primero, no lo segundo. Si hubiera pretendido el poder, habría sido muy fácilmente neutralizado; pero como no fue político, su muerte no pudo detener su movimiento. Aunque tampoco se habría dado esa fecundidad histórica, si Jesús no hubiera sido resucitado por Dios.

Italia, de la posguerra: pensad en De Gasperi. Pensad en Francia: Schumann, que tiene causa de beatificación. Se puede llegar a ser santo haciendo política”²¹. Esto hay que retenerlo. Se hace santo, no el que idealiza la política sino el que acepta la ambivalencia de la política diaria y metida en ella trata de lograr en cada caso lo máximo posible, no sólo en acuerdos concretos y formas de gestión sino en lograr que la mayor cantidad posible de ciudadanos se involucre y con su opinión participe, tanto en los debates como en el seguimiento de la ejecución de lo decidido. El papa reconoce que “es una especie de martirio. Pero es un martirio cotidiano: buscar el bien común sin dejarse corromper. Buscar el bien común pensando los caminos más útiles para ello, los medios más útiles. Buscar el bien común trabajando en las pequeñas cosas, pequeñísimas, de a poco..., pero se hace (...) porque es necesario ir todo el día con ese ideal, todos los días con el ideal de construir el bien común. Y también llevar la cruz de numerosos fracasos, y también llevar la cruz de tantos pecados. Porque en el mundo es difícil hacer el bien en medio de la sociedad, sin ensuciarse un poco las manos o el corazón; pero por esto ve a pedir perdón, pide perdón y sigue haciéndolo. Pero que esto no te descorazone”. El papa reconoce que a veces hay entrar en componendas para salvar el máximo posible por la dureza de corazón de otros; por eso es casi inevitable ensuciarse algo las manos; pero hay que pedir perdón y seguir.

La santidad adviene por tener que componer tantas voluntades y estimularlas hacia el bien común y más aún porque hay que lidiar diariamente con personas que buscan sus intereses y no el bien común; pero como hay que lograr los mínimos posibles en cada coyuntura, hay que forcejear con el mayor tino y presionar para lograr el máximo, que siempre serán mínimos. Esta constatación entraña el reconocimiento de que la política es imprescindible y que por eso el deseabilísimo que la hagan gente digna y solidaria, con tal de que sean así mismo sagaces; y, no menos, el reconocimiento de que no es la forma más alta de buscar el bien común, sino el mínimo indispensable para que sobre esa base se consoliden los máximos, que, sin embargo, han de procurarse en cualquier circunstancia.

²¹ Diálogo espontáneo del Papa con los representantes italianos de las comunidades de vida cristiana, 30 de abril de 201